

—Junto á Ud., aunque me da vergüenza, me siento con menos congojas, menos desamparada!....

Frente á declaración semejante, que en cualesquiera otras condiciones habría determinado en Rafael un fogoso transporte, no le proporcionó ahora más que consuelos facticios, que sonaban hueco:

—¿Por qué han de castigarnos?..... No lo crea Ud., sor Noeline. Somos culpables (*no se resolvía á ser culpable solo*) no lo niego, mas lo somos hasta cierto punto,.... convéznase Ud. de que la culpable es una serie de casualidades.... ¿acaso Ud. habría consentido en salirse del Colegio?.... ¿acaso yo me habría atrevido á sacarla á Ud. ó á proponérselo, si no hubiese sucedido lo que sucedió?.... ¿no?.... pues entonces, ya ve Ud. que nuestra culpa, en el supuesto de existir, es pequeñita y perdonable.... No puede Ud. volver al Convento, es cierto, pero aquí ¿en qué peca Ud.?

Á no mediar la circunstancia de que sor Noeline no le quitaba la vista en tanto que él iba ensartando todas sus cobardías de

espíritu ignorante que se considera reo de sacrilegio, Rafael continúa y termina por prometer la separación ó la penitencia; pero de ver aquellos ojos, empapándose confiadamente en los suyos, el enamorado reapareció, y escrúpulos y remordimientos arrollados por formidable empuje del deseo, huyeron despavoridos, y Rafael se aproximó á sor Noeline, fascinado, dando de barato el incierto castigo, palpitante de pasión y de anhelos:

—Sobre todo ¿qué sabemos si Dios no nos perdonará, si no nos ha perdonado ya?.... ¿en qué lo ofendemos, es decir, en qué lo ofendo yo idolatrándola á Ud., si aun cuando yo me opusiera, mi corazón me manda idolatrarla?.... ¿qué puedo hacer?....

Para disimular sor Noeline el rubor que discursos tales le comunicaban, escondía el rostro, mas sin pedirle á Rafael que callase, escuchándolo con secreta complacencia que ni á sí propia se confesaba. Momento á momento establecíase mayor confianza entre ellos; no alteraban su lenguaje púdico, no se permitía Rafael libertad ninguna, y



no obstante, sentían los dos que la confianza venía y los enlazaba, allí, á solas, sin testigos,— como se calculaban que vivirían en lo de adelante. Por eso, al recibir la comida enviada por Chinto, ya no hubo solicitudes de permisos; comieron juntos, lado á lado, en la diminuta mesita de centro, después de que la descombraron de lámpara y chucherías; encontrando lógico, en el fondo, y por mucho que no se lo revelaran, aquella intimidad naciente y por naciente encogida, sin contactos todavía, sin tuteos, pero ya con sonrisas, con tímidos y fugaces diálogos de miradas que se entienden. De los interiores de la vivienda, llegaba hasta ellos confuso rumor de partida, carrerear de personas, crugir de muebles que se abren y cierran, rodar de baúles y jaderar de mozos de cuerda que aprietan y levantan bultos. Luego, vieron al través de las cortinillas del balcón, el arribo de un coche que en el zaguán de la casa se detuvo; oyeron más ruido, un portazo, dos recomendaciones á la mujer del portero, á propósito de un canario. Instantes después, arrancó

el coche y enmudeció la vivienda; Chinto cumplía su promesa, se iba.

En cuanto terminaron la comida, Rafael se levantó á probar si la puerta de comunicación estaba sin pestillo; cedió en el acto:

—Aquí le muestro á Ud., sor Noeline, su nueva habitación,— exclamó señalando con su brazo extendido á la fila de cuartos que de la sala se columbraban,— vea Ud. si es de su agrado; tome posesión de ella; la guiaré á Ud., aunque yo no la conozca tampoco.

Resultó un entretenimiento la toma de posesión de la vivienda, que recorrieron íntegra en cinco minutos, por lo reducida que era. Atrás de la sala, el dormitorio de Chinto; luego el de Adela; en seguida el comedor, y á lo último, amontonado todo, cocina, cuarto de sirvientes y un patiecito, del tamaño de un pañuelo, con bomba y lavadero. Hacendosa como buena muchacha pobre debía de ser Adela, pues no obstante que con motivo del viaje inesperado notábase desorden en la casa, ésta relucía de limpia, cada cosa estaba donde estar debía, y en



las habitaciones todas, respirábase simétrica paz. Por supuesto que era lo más coqueto el dormitorio de la niña, y no porque sus muebles fuesen de lujo, ni los muros se hallasen tapizados de tela, ni la alfombra fuera belga ó de "alta lana," no señor, sino porque la angosta cama de latón, con colchas, fundas y rodapiés que albeaban; su mosquitero de punto, recogido en la cabecera con nudos de raso, á manera de colgadura; su lámpara blanca pendiente del techo y sin otro adorno que una muñequita de porcelana sentada en un columpio, suspendidos los cordones de la argolla posterior,—un obsequio gratis de la "Droguería de la Profesa"; su mesa de noche, con tohalla tejida de gancho; su Purísima en escultura, con microscópica pila para agua bendita, que colgaba en una pared, todo, todo, hasta una máquina de coser cerrada, de claro nogal y con su marca en fondo obscuro: "*New Home*", todo hacía pensar en una moradora juiciosa, de pocos años y probablemente bonita. El orgullo del dormitorio, lo representaban

el tocador con sus mármoles y el ropero á la americana, chapeados, de biseladas lunas, publicando á gritos su origen, algún montepío de un compatriota del Cid. Las dos lunas, fueron causa de un movimiento de huida de la parte de sor Noeline, que no contaba con verse reproducida en su traje talar. Refugióse en la sala, mientras Rafael buscaba la bata de Adela que al fin halló, muy doblada y limpia, encima de una silla baja, de costura, y que él puso de manifiesto sobre la cama, alcanzando luego á la religiosa.

—¿Le agrada á Ud. el palacio?—le dijo en broma. Y al notar su abatimiento, agregó:—¿Está Ud. enferma? ¿No cambia Ud. de ropas?

Lo que estaba era medio loca. El claustro de que se hallaba saturada, la obsesionaba nuevamente; su burdo traje talar, reproducido en los espejos, habíale hablado del santo asilo que la repudiaba, al que no tornaría y que se vengaba arrojándole remordimientos con la polvareda que levantaba en su precipitado correr de bruto



de piedra, ansioso de poner mucha tierra entre la fugitiva y él; ansioso de huír de ella que, ahora, por él suspiraba, á pesar de sus rigores y rigideces. De ahí que la ocasión elegida por Rafael para formular su propuesta, no hubiese podido ser más inoportuna. ¡Jamás se despojaría de su hábito!... No y mil veces no; ya era bastante malo seguir viviendo, para añadir desacato tamaño.... Y acurrucada en un rincón del sofá, guardaba una actitud de defensa hacia las bastas telas, que tanto le significaban, ni más ni menos que si Rafael fuese capaz de desgarrárselas.

—Será lo que Ud. disponga, —murmuró Rafael apenado,—yo lo decía porque no me parecía prudente que las criadas que no han de tardar en presentársenos, la sorprendieran á Ud. vestida así.... No se me figuraba censurable que se pusiera Ud., por ejemplo, un traje de la hija de mi amigo y que se quitara las tocas.... si no, habrá que guardarla á Ud. escondida de la misma camarera, y eso es imposible, compréndalo Ud., sor Noeline.

La monja resistíase sin razonar, adivinando que sus vestiduras le simbolizaban el último reducto, por diferenciarla de las demás mujeres, y la mantenían sagrada é inviolable para aquel hombre adueñado de ella.

Nó, nó, sus hábitos nó; los conservaría mientras la cubrieran; no sería ella quien los desechase, como el convento la desechaba. .... Y á renglón seguido, los remordimientos volvieron á acometerla:

—Estamos cometiendo un gran pecado, un pecado mortal, M. Bello. ¿Por qué agravarlo más nosotros mismos?....

Rafael desfalleció en el acto, en una de las tantas alternativas que venían envenenándole el ansiado fruto prohibido, desde antes de gustarlo. Por la millonésima ocasión, sus supersticiones se le paraban por delante y le pedían cuenta de su delito. Renunció á la carga; sus bríos cayeron de un golpe, y los castigos eternos, los que desde niño lo aterraron, surgían de la tentadora belleza de la religiosa, del reprobado y diabólico apetito de condenarse



con ella. En sincera crisis de miedo, escapósele de los labios una profesión de fe vulgar y tardía. Él también era católico, tanto como ella, tanto como el que más... no practicaba lo que practicar debía, porque los hombres de su clase eran por el estilo, tibios en la práctica, olvidadizos, pero en el fondo fervientes, muy fervientes..... Lamentaba lo ocurrido, porque también él estaba seguro de ser castigado, mas ¿cómo remediarlo?

—Si Ud. le halla salida, sor Noeline, démela Ud. y los dos saldremos por ella, y obtendremos nuestro perdón.... todavía es tiempo de que nos perdonen ... ¿qué hemos hecho? .....

Buscaban la salida uno y otro, á distancia, cual repentinamente se distanciaban, por calcularse así menos en peligro. Buscándola se hallaban, cuando la salita, huérfana de sol y de crepúsculo, principió á obscurecerse.

En las piezas restantes de la vivienda, la fila de cuartos interiores, las sombras, que eran más, les aumentaban sus dimensiones, su lobreguez, y deformaban muebles y

objetos. Rafael púsose á encender la lámpara de la sala, primero, la del comedor después, y en cada uno de los dormitorios, su bujía respectiva. Al propio tiempo, cerró las maderas del balcón y las de las vidrieras que al corredor caían. Regresó á la sala y no obstante que las maderas cerradas los aislaban del resto de los vivientes; no obstante que la figura de sor Noeline lo enardecía; no obstante que la monja no experimentaba repugnancias por Rafael, continuaban ambos en su embarazoso mutismo, no franqueaban el corto espacio que los separaba. La idea teológica, hondamente arraigada en sor Noeline, á causa de su profesión, atenaceaba á Rafael por las nociones de religiosidad nebulosa en que su espíritu se había nutrido desde pequeño, y los conservaba mutuamente alejados; él, temblando de miedos y deseos; ella, con incertidumbres y arrepentimientos. Cual si en realidad abriérase en medio de ellos la llameante boca del infierno anunciado por los exaltados profetas vengadores, permanecían distantes el uno del otro,



víctimas de insoportable malestar que físicamente los agobiaba, como si realizaran un gran esfuerzo muscular con sólo resistir á los pavores y tentaciones. Á veces, el rubor coloreaba la cara de sor Noeline sin que Rafael le dirigiera la palabra, ó bien á éste le palpitaba el corazón, se le secaba la garganta y se ponía de pie, daba unos cuantos pasos y retornaba al mismo sitio, el extremo del sofá, opuesto al que ocupaba sor Noeline. En los ratos de lucidez que de cuando en cuando le sobrevenían, se reñía mentalmente, su papel no era ese, siendo el hombre él debía de tomar la iniciativa, desterrar los pensamientos místicos que lo paralizaban, desvanecer la pusilanimidad de sor Noeline con caricias y protestas de que el amor es santo; debía asediarla, ganársela, ¿no palpaba que la pobrecita no podía ni sabía defenderse y que quizá ni querría hacerlo? Con estas voces internas sentía latigazos de lujuria, necesidades de abrir los brazos y de ofrecer en ellos cálida prisión de idolatría á la desvalida religiosa. Y tosía, se arrimaba á

ella, pero ella entonces, cual si la previniera del peligro algún fenómeno telepático, clavaba su límpido mirar en su seductor, y Rafael prescindía del ataque, quedábase pegado al respaldo del sofá, balanceando las piernas cruzadas y charlando de vulgaridades indiferentes. Decididamente, el hábito monjil de sor Noeline era una coraza encantada.

Corrían las horas y como las criadas no llegasen, ocurrióle á Rafael, por hacer algo que los sacase de la falsa situación, mandar á la portera en busca de provisiones que no requirieran para comerlas de aderezo previo.

Apoyado en el barandal del corredor, aguardaba el regreso de la mujer, y, al propio tiempo, reflexionaba cabizbajo acerca de su caso. Continuar tal y como estaban sor Noeline y él no podía ser; en hora buena que el recuerdo de su falta,—pues falta era y mayúscula la que tenían cometida,—los mortificara, pero ¡caramba! no tanto; para más que mortificarse estaban juntos, así *después* el arrepentimiento rayara en delirio y los aniquilara lenta y cruelmente.



Reconocía, sin embargo, que sor Noeline inerme y débil, quedábale á millones de leguas,—como le quedaría la imagen de una santa que se desprendiera de su nicho en alguna iglesia, conformándose á vivir con él bajo condición de que no la había de tocar. Igual con sor Noeline; no la tocaba por imposibilidad física que le ataba las manos y le calmaba ardores; por infantil respeto de no profanar una cosa sagrada; por supersticioso terror de poner las mismas manos encima de una persona que casi no es de este mundo ni pertenece á los hombres. Sentíase al par, más y más cautivo de los hechizos de sor Noeline, avasallado por ella, con hambre infinita de probar sus besos y acariciar su carne y embriagarse con su aliento..... ¿cómo allanar obstáculos? ¿por qué recurso maravilloso no renunciar á ella ni tampoco con ella condenarse? ....

Espontáneamente se le presentó el recurso, claro y sencillo. No tenían más que esperar á que concluyese su compromiso con el claustro, los meses ó años que faltaran para la renovación de votos; los que no se

renovarían, los que se echarían á un lado para contraer unos nuevos, los votos del amor, que perduran más que los religiosos. Eso era; y en reconquistando su libertad, podrían quererse ante el mundo todo, sin rubores, sin amarguras, pública y honradamente. Lo duro sería la época de espera, que se les figuraría interminable, mas ¡qué importaba! sor Noeline era joven, él, Rafael, no era un viejo, y al cabo de los meses ó años que se necesitaran, ellos resurgirían á la luz, hasta podrían casarse, ¿por qué no? casarse, sí,— se argumentó en su soliloquio, como si lo del matrimonio se asemejara á una insanidad,—y probar en el alto tribunal en que nada nos es dado ocultar á los mortales, probar con la palpitante historia de su pasión refrenada, un triunfo extraordinario, el mejor de los arrepentimientos, su mutuo sacrificio en justo y voluntario castigo por la enorme falta cometida en momentos de flaqueza que no habían podido vencer.

Contentísimo con su hallazgo, permaneció Rafael en el corredor hasta que la portera



no volvió con las provisiones; y cargado con éstas y con su remedio recién descubierto, se presentó en la salita. Preparó en persona la mesa, acercó las sillas é invitó á sor Noeline. También la frugal cena, la despacharon concienzudamente; la juventud de sor Noeline y la vigorosa corpulencia de Rafael, de fijo que no participaban, ni por asomos, de las exquisiteces de sensibilidad enfermiza y de la agonía moral de sus dueños,—si ha de juzgarse por la gana con que engulleron bocado tras bocado, en perfecto funcionamiento de la materia. Y en las expansiones que consigo trae cualquier sobremesa, charlaron, para darse ánimo, de boberías, siendo tema principalísimo la no comparencia de las sirvientas; y tema secundario, por lo ligeramente escabroso que les resultaba, la cuestión del descanso, ¿dónde dormiría cada cual?....

—Pues, sor Noeline,—prorrumpió Rafael de súbito con bastante aplomo y permitiéndose encender un cigarrillo, así que la religiosa le hubo concedido su venia con una inclinación de cabeza,—estamos salvados!

Ante la extrañeza de la monja, Rafael desenvolvió su plan, toda su imaginada y paciente espera queriéndose mucho, sin separarse y sin una sola mancha; un período de amor ideal, juntos siempre y siempre á distancia, preparándose un futuro de delicias con el sacrificio que, no ella, sino él, se imponía voluntariamente.

—De este modo,—continuó,—desaparecerán las inquietudes y congojas de Ud.; yo me tranquilizaré también, y ya que por desgracia nos hallamos en pecado por lo que hemos cometido en contra de la ley de la Iglesia, la propia espera servirá de depurativo, de desagravio, y mañana, dentro de un año, cuando seamos absueltos por un sacerdote, pero absueltos de verdad, con conocimiento pleno de nuestra causa, yo podré publicar que la quiero á Ud., que la adoro; podré hacerla mi esposa (*esto lo dijo titubeante y agachando la cara*), y no separarnos más.... digo, si Ud. me acepta y consiente; si al fin se digna quererme un poquito, lo suficiente para que yo me muera de ventura....



Según lo que sor Noeline aprobaba el plan con sus gestos, de perlas debía parecerle; en efecto, esperando y esperando, sin extralimitarse, el problema se simplificaba, desaparecían los inconvenientes de trascendencia; entreveíase, allá, á distancia, un horizonte de paz, un ancho campo de felicidad y de ensueño.

—¿Le falta á Ud. mucho, sor Noeline?  
—inquirió Rafael.

—Me faltan diez meses y medio!—  
repuso ella.

—¿Y qué son diez meses y medio?—  
signió Rafael exaltado.—Mientras más prolongada sea la lucha, será más meritoria. Que yo logre conquistarla á Ud. durante ese tiempo, y lo demás importa poco. Quiérame Ud., sor Noeline, decidase Ud. á quererme, y ya verá Ud., seremos tan dichosos....

Creendo Rafael arreglado su conflicto de conciencia, su complicación de creyente, adelantaba la felicidad, colocaba en el regazo de la religiosa mundos de bienaventuranza, capaces de destruirlos á él y á

ella en deliquios de compartido afecto....

Debía ser muy tarde; la calle y la casa no daban señales de vida, descansaban, sin duda. Fué preciso ocuparse en el descanso de ellos,—que bien lo necesitaban,—fué preciso determinar cómo dormirían.

—Ud. en el cuarto de Adela; yo en el de Chinto, para cuidar de Ud., para velar por su reposo.... y si mañana lo encuentra Ud. cuerdo, se vestirá con los vestidos de ella, en tanto que á Ud. le hacen los suyos, los que ha de llevar el día en que se decida á dejar los hábitos.

Se levantaron; sor Noeline precediendo á Rafael, que conducía la lámpara. En la alcoba de Adela, él encendió la bujía, dió las buenas noches y cerró la puerta intermedia,—como en prenda de sus respetos á la que no quería entregarse todavía.

Del dormitorio que sor Noeline habitaba por primera vez aquella noche, no salió el menor ruido, el más leve rumor, cual si sor Noeline no se hubiese desnudado ni movido, ó cual si sus movimientos fuesen tan delicados, que no produjeran sonidos.



En cuanto Rafael se vió solo, riñóse por su flojedad. ¿Quién sabía si por sus pueriles temores habría dejado escapar la dicha? Á la colegial, pegó sus ojos en la diminuta cerradura, y temblando al mismo tiempo por hondas ansias de deseo y por cobardías de fanático, en lugar de atreverse á abrir la mampara y adueñarse de aquella mujer, quizá desnuda ya, quizá aguardándolo, osó rezar una oración sensual é impura:

—¡Dame fuerzas, Señor, dame fuerzas para esperar y para que sor Noeline sea mía!.....

## V

Después de un agitado sueño, sor Noeline despertó muy de mañana, cuando en las rendijas de la puerta al corredor apenas se dibujaban rayas de luz pálida. Y lo que siempre ocurre al despertar, que un entorpecimiento cerebral nos vele la realidad de los últimos sucesos y nos haga suponernos como antes, ocurrióle también á la monja. Pero en cuanto reconquistó el sentido de lo real, que fué pronto, vió las cosas cual debía verlas; el Convento entre brumas, fuera de su alcance, y ella, en rara situación, acostada á dos pasos de un hombre que no era nada suyo, que la escondía celosa y